

cio que me habeis inspirado, marchemos juntos en busca de María. Yo os prometo que si ella os corresponde y acepta vuestro ofrecimiento, por mi parte ningun obstáculo habrá. Si ella os ama, vuestra es.

Y embriagado de júbilo Gonzalo al ver que todos sus proyectos iban á realizarse, y que la mayor dificultad, que era el consentimiento de D. Diego, estaba ya vencida, se hallaba abrumado bajo el peso de tanta felicidad. Pero en medio de su ventura una idea le atormentaba aunque levemente: tal era la de haber notado en D. Diego un cierto aire de reconcentrado pesar que no pudo penetrar bien. Veía que el protector de María le habia concedido su mano; pero al propio tiempo notaba en él cierta repugnancia oculta, cierto escozor en que parecia reconvenirse de su fácil docilidad.

Divisaron á María, que agarrada del brazo de Luisa, se paseaban tranquilas por la fresca yerba, y apenas las conocieron, Gonzalo dijo á D. Diego:

—Me alegro de verla ahí; con eso os cerciorareis de que cuanto os he dicho es la verdad.

—¿Cuándo la habeis hablado?

—Varias veces en su reja, y esta noche en el sitio mismo en que estábamos poco ha.

Llamó D. Diego á María, y desprendiéndose esta del brazo de su hermana, se acercó con notable turbacion al ver que con él iba Gonzalo, y porque comprendió ser ella el protagonista de aquel drama.

—¿Qué me quereis, padre?

—Aguarda un poco: primero es menester que Luisa se retire de aquí, porque quiero hablar contigo á solas.

Mientras Luisa obedecia las órdenes de su padre, apoderándose de Gaspar, que pasaba por allí, D. Diego no quitaba ojo á María, y pudo muy bien apercibirse de la turbacion que la causó el ver á Gonzalo en su compañía.

Saludó Luisa á su padre, dándole las buenas noches, pues eran ya las once y no podia tardar en recogerse, y al despedirse de su hermana, la dijo al oido:

—No dejes de despertarme para contármelo todo. ¿Lo oyes?

Alejóse la juguetona santita, y una vez solos los tres personajes que debían quedarse allí, dijo D. Diego:

—María.

—Señor...

—Acércate; y vos también, capitán, acercaos. Dí, María: ¿Conoces al capitán?

—Sí, señor, contestó ella, sin alzar los ojos del suelo.

—¿Desde cuándo?

—Poco después de haber llegado á Robledo.

—¿Y has hablado muchas veces con él?

—Muy pocas.

—¿Muy pocas?... Pues dígame que la cosa va de prisa. ¿Sabes que te quiere?

—Así me lo ha dicho al menos.

—Está bien; pero ¿tú le correspondes?

—Si bondadoso este caballero tuvo á bien fijar su vista en esta pobre huérfana; si sus intenciones son hidalgas, como creo, ¿por qué no había yo de corresponderle? Poco con mi amor le pago, aun cuando se le tuviera muy grande.

—Acaba de pedirme tu mano.

—Y yo se la doy con mi vida toda.

—No quise otorgarle tu mano sin oír antes tu respuesta.

—Solo quiero hacer su voluntad.

—Mira, María: á nadie tienes en efecto en la tierra; pero me tienes á mí, que te amo como á Luisa. Verdad es que siempre me he mostrado bastante frío para contigo; pero eso consiste en que yo mismo no sabía lo que te amaba, y aun confieso que hasta esta noche no lo he sabido. Natural es que mire por tí y te permita conseguir al lado del capitán lo que á mi lado nunca hubieras podido tener: esto es, una posición y un nombre; él te la da, tú la aceptas, y que Dios os haga felices. Capitán, ya se han cumplido vuestros deseos.

—Dios escucha todos los votos, dijo Gonzalo, cuando son nobles y sinceros, y el mío lo era á todas luces.

—María es buena, es honrada; justo es que sea feliz. Con

que así, capitán, id con Dios á vuestro viaje, y no olvidéis venir á verme á la vuelta.

—Descuidad, que no puede olvidárseme, y mi corazón me ayudará para que así no suceda.

—¡Qué oigo! dijo María al capitán. ¿Os vais?

—Voy donde mi deber me llama. De otro modo, ¿cómo comprendéis que me alejara de vos?

—¿Y tardareis mucho en volver?

—Si hubiera de escuchar á mis deseos, mañana mismo estaria de vuelta; pero ignoro la causa de mi llamada, y por consiguiente, el momento de mi regreso. Mas descuidad, pues aunque tenga que dejar mi destino, aquí me tendreis lo mas pronto posible.

Ibanse ya á separar todos tres, marchándose el capitán por un lado y D. Diego y María por otro, cuando volviéndose Mendoza como un hombre á quien se le ha olvidado una cosa importante, dijo:

—Dispensad, capitán, si antes de separarnos os hago algunas preguntas.

—Dispuesto me hallais á satisfacerlas todas.

—Vuestro porte, vuestro lenguaje y vuestra conducta, indicios son todos de vuestra cuna; sin duda que sois hidalgo.

—Hidalgo soy.

—¿Rico?

—Soy pobre; mi padre murió hará unos veinte años.

—¿Dónde murió?

—En Madrid. De mis abuelos dicen que heredó pingües bienes; pero es lo cierto que á su muerte nada me dejó; pasaron los años de su juventud, y persiguiéndole la suerte adversa á su muerte, he dicho mal, cuando digo que nada me dejó, puesto que me dejó la honra.

—Acción propia de un hidalgo. ¿Vuestro nombre?

—Gonzalo de Luna soy.

Al oír este nombre, que tan fatídico debía sonar en los oídos de D. Diego, no sabia si habia oído bien, y cogiendo de un brazo al capitán, le preguntó:

—¿Cómo habeis dicho?

—Gonzalo de Luna.

—¿Llamáse Lope vuestro padre?

—Así se llamaba.

—¡Maldicion! dijo llevándose las manos á la cabeza.

María trataba de descubrir la causa de aquel súbito trastorno en su protector; y ni el mismo Gonzalo podia darse razon de aquel cambio, ansiando por momentos que la situacion se despejara para saber el partido que debia tomar; pero D. Diego se sentó un momento, y reflexionando, sin duda, en la palabra que tenia dada al P. Luis de no incomodarse, aun cuando algun suceso trajese á su memoria la falta de su difunta Margarita, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y parecia dispuesto á escuchar con calma el resultado de aquel diálogo, si bien sospechaba de un solo golpe de vista cuál pudiera ser.

D. Diego, queriendo reprimirse, pero deseando al propio tiempo agotar hasta las heces la copa amarga que la casualidad le presentaba en la persona de Gonzalo, prosiguió:

—Decidme, Gonzalo, vuestro padre era tambien...

—Capitan de los tercios españoles que militaron en Italia y Portugal.

—¿No murió en desafio?

—Sí; la espada vil de un traidor atravesó su pecho tras las tapias del convento de las Palmas, y á no ser por un amigo suyo llamado D. Luis de Sandoval, que le sostuvo hasta que exhaló el último suspiro, quizás hubiera yo ignorado su trágico fin.

—¿Le conocisteis?

—Ojalá no le hubiera conocido, repuso D. Diego con reconcentrado furor.

—Acabad, porque esa exclamacion y esos ademanes, tratándose de mi padre me ofenden.

—¡Rayo del cielo! prosiguió Mendoza, aumentando su entonacion á medida que la cólera le dominaba: al contemplar mis facciones, al oir mis palabras, y al presenciar mi indignacion, ¿no has conocido, insensato, que mi mano está sedienta de la

sangre que corre por tus venas? ¿Y tan imbécil has sido que, incauto, te pones en mi camino? ¡Doce años há que venganza respiran mis oraciones! ¡Doce años há que un día y otro día, y á todas horas maldigo tu nombre! Sí; ¡maldito sea tu nombre!

—Acabad, por vida mia, dijo Gonzalo, no menos fuera de sí al ver la furia con que Mendoza le hablaba; acabad, D. Diego, y que oiga yo de esa boca todo cuanto quiera soltar. Mi sangre hierve, y por mi honor, que si mi padre murió á manos de un traidor, yo haré por castigar con mi espada al primero que ose mancillar su memoria. Desde el sepulcro se alza, y en mi puño estrecha esta espada, dejando oír las siguientes terribles palabras:

—Si alguno fuese tan loco que, al contemplar mi muerte tratase de ultrajar mi nombre, blande, hijo mio, esta espada sin miedo, que Dios sabrá protegerte, porque el defender á un padre, es defensa santa.

María, que aunque muy asustada preveía las fatales consecuencias que podia tener aquella escena, al ver las miradas que se dirigian aquellos dos hombres, poco antes entregados á las dulces emociones de la amistad, quiso evitarlo; pero su protector, con iracunda mirada y los ojos fuera de la órbita, la dijo:

—¿Tambien tú quieres tomar parte en este asunto puramente nuestro? Calla y márchate, porque el metal de tu voz me enfurece mas, porque tu mirada me horroriza; y dirigiéndose á Gonzalo, salgamos de aquí, le dijo.

—Necesito saber á dónde.

—¿Y vos me lo preguntais? Donde la sangre de Mendoza ó la de Luna tiña el suelo. Sí, Gonzalo, un duelo á muerte es lo que necesito, y aun no sé si eso bastará á aplacar mi furor.

Oyólo con plausible calma Gonzalo, porque sin duda tuvo lástima de aquel hombre convertido en fiera, y cuando creyó que habia acabado de vomitar toda su rabia, le dijo:

—Pardiez, que es raro el caso presente; el mas viejo insultando al mas jóven, y este, oyendo con calma los denuestos de aquel: dad gracias á vuestras canas, pues de lo contrario os hiciera comer las palabras que acabais de pronunciar.

¿Qué motivo ni qué causa os di yo para tan ciegas razones, ni cómo á quien vino á honraros insultais con tal audacia y tal torpeza?

—¿A honrarme vos, decís? Sabed que vuestro padre se olvidó de su honra antigua, y siendo así, claro está que sus descendientes tampoco la tendrán.

—¡Qué oigo! dijo Gonzalo fuera de sí y acercándose á don Diego.

Mientras María trataba en vano de detenerle, y se contentaba con gritar: ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Favor!

A las voces acudieron varias gentes; pero como ignoraban lo ocurrido, se contentaban con ser meros espectadores, y aun allá, en su interior, sentian que la cosa no pasase adelante para distraerse con el dolor, ajena cosa muy comun entre los mortales; pero entre los grupos de gentes que se acercaron, vió abrirse paso á un religioso y una niña; eran el P. Luis y Luisita, que á los gritos de María acudian presurosos.

Gonzalo comprendió, desde luego, que estaba en minoría; pero como lo que acababa de oír habia exaltado su imaginacion, se disponia á luchar no tan solo contra dos personas mas, sino contra todas las que aun transitaban por la plaza. El fraile, por su parte, comprendió, al primer golpe de vista, que se trataba de una cosa formal, y desde luego se propuso apaciguar los ánimos en vez de dar la razon á uno.

—Si venís á poner paz, reverendo padre, dijo Gonzalo, dirigiéndose al fraile, haced porque calle ese hombre y no prosiga insultándome, porque si hasta ahora le he dado ejemplo de prudencia respetando sus canas, como ya se lo he dicho, no sé lo que podria hacer en lo sucesivo.

—¿Sabeis P. Luis quién es ese hombre? dijo Mendoza desencajado y furioso. Pues es el hijo de D. Lope de Luna; nada tengo que añadir, lo demás podeis adivinarlo. ¡Decir que viene á honrarme!...

—Claro está que sí, dijo Gonzalo, puesto que vengo á pedirle la mano de María; de ese ángel que á su lado en la vida tendrá ni posicion social, ni nombre; de esa niña, cuya mano me

ha otorgado, hasta que al oír mi apellido parece una furia desencadenada del averno.

—Repórtese el hidalgo, dijo Mendoza, y márchese de mi presencia, si no quiere que haga un desatino.

—Dios me libre de marcharme, sin antes haber oído las razones que habeis tenido para faltar á quien nunca le faltó.

—No tiene su cabeza, dijo el P. Luis, para dar esplicaciones; me creo autorizado, sino por mi traje, por otras razones que D. Gonzalo oirá, tal vez, despues, para tomar cartas en este negocio, y estoy seguro que ninguno de los dos lo tomareis á mal, sino que por el contrario, se arreglará lo mejor que se pueda. Por lo mismo que estoy enterado de la causa que produce la cólera de mi amigo Mendoza, me atrevo á reconvenirle aunque vos esteis delante, me atrevo á recordarle, no diré su palabra de caballero, pues veo que ha faltado á ella, sino las palabras que ya en otras ocasiones le he dicho. Amigo Mendoza, la violencia repentina y manifiesta merece mas indulgencia que esa cólera condensada, y alimentada siempre con la esperanza de vengarse; vos sois un hombre temible, porque dueño de vos mismo, habeis disimulado vuestros sentimientos hasta el momento en que se os ha presentado ocasion de vengaros: todo el que se irrita con facilidad puede asegurarse que es un hombre de corazon bondadoso, porque quanto mas vivas son las llamaradas de su cólera, tanto menos duraderas son; en vez de que jamás es segura ni sincera la reconciliacion del hombre que, como vos, sabe ocultar y reprimir por largo tiempo en su corazon la cólera nacida de una ofensa. La pasion de una cólera es tanto mas incómoda, quanto mas fácil es el ocultarla; por eso el vengativo se constituye en verdugo de sí propio, mientras accha y espía la ocasion de ser cruel con quien detesta. Pero vamos á ver, D. Diego, ¿qué culpa tiene este jóven de que su padre os haya faltado, ya que así querais calificar su conducta? A mi ver padeceis en esta ocasion no un error, sino dos; el primero, es culpar á un hombre por una falta que, si bien refluó sobre vos, nunca os fué dirigida ni voluntaria ni involuntariamente; y el segundo, que, cual si fuese el pecado original, sean

castigados los hijos por las faltas de sus padres. ¿Dónde hay mayor injusticia? ¿Dónde mayor locura?

Y en cuanto á vos, Gonzalo, os aconsejo que os retireis; el tiempo calmará los ánimos, y Dios velará porque esto no pase adelante; Mendoza comprenderá que se ha escedido, y vos, por vuestra parte, sabreis tambien recoger las palabras que podais haber pronunciado en ofensa de su honra.

—Partiré, porque mi obligacion me llama á la córte; pero en cuanto á eso de recoger las palabras... no sé si vos mismo, á pesar de vuestra sagrada investidura, hubierais tenido tanta paciencia como yo.

—Marchaos, os digo, dijo Mendoza á Gonzalo, porque de lo contrario, no sé si las razones de este Padre podrán sujetarme. Si os reté, olvidadlo, no supe lo que me hacia.

—Así me gusta, dijo el reverendo, y en seguida hizo seña al capitan para que se retirara; pero este permanenció quieto.

Al ver aquello Luisa, se acercó con cariño á su padre, y le dijo:

—Tres veces os he llamado ya, señor padre, y aun no os habeis dignado contestar á vuestra hija, que tanto os quiere.

Miróla su padre, y arrepintiéndose, sin duda, de no haber hecho caso de su hija por el arrebato de cólera que acababa de experimentar, la contestó:

—¿Qué me quieres, Luisa?

—Quería deciros que es ya tarde, y bien sabeis que nunca me he acostado sin rezar mis oraciones y sin recibir vuestra bendicion. ¿Me la negarás hoy? ¿O no rezamos esta noche?

Sí, por cierto, rezaremos, contestó Mendoza bastante distraido.

—Pues si es así, dirijámonos á casa; y cogiéndole de un brazo, le hizo levantar del asiento, y todos se pusieron en movimiento.

—Idos, dijo Mendoza á Gonzalo; olvidad, os repito, mis expresiones; idos, y evitad que el cielo en mi camino os ponga.

—Y ¿quereis, Padre, dijo Gonzalo, que yo oiga con serenidad tales baladronadas, tales insultos? ¡Un hombre que ha man-

cillado la honra de mi padre, de mi padre, que, alzando la losa de su tumba, me demanda venganza á tal ultraje! No hay paciencia, vive Dios, para tanto descaro, no hay paciencia.

Marcharé; pero será para volver, mal que le pese á D. Diego, y para ello tengo dos razones muy poderosas: es la una, el amor que profeso á María; es la otra, dejar bien puesto el honor del que me dió el ser.

—Ya vuestro padre murió, dijo el reverendo, y D. Diego acaba de confesaros que no os guarda rencor. ¿No es así, amigo Mendoza?

—Así es; pero es preciso que Gonzalo no cuente mas con la mano de María, porque jamás será su esposa.

—Pues de aquí no me muevo aunque sepa faltar á la orden de mis jefes, aunque incurra en el mas cruel castigo, sin saber por qué razon María no ha de ser mi esposa, siendo así que poco há, y en este mismo sitio, me concedísteis su mano.

—Esas son cosas, dijo el P. Luis, que no son de este momento, ni menos delante de tantos testigos; dirigios vosotros á vuestra casa; y vos, Gonzalo, marchad á vuestra obligacion.

—He dicho que no me voy, y no me iré.

—Os ireis, dijo el fraile con tono imponente, tan pronto como sepais que os lo manda D. Luis de Sandoval, el mismo que recogió el postrer suspiro de vuestro padre; el mismo que supo vengar su muerte, dándosela al traidor D. Pedro de Armengol, tras las tapias del convento de las Palmas; el mismo que teneis delante de vos.

—¡Qué oigo! ¿Será posible? ¿Vos sois el amigo íntimo de mi padre?

—El mismo; y en nombre de su memoria os ruego que os marcheis.

—Obedezco, pero volveré; adios, P. Luis; adios, María; adios, Luisa; adios, D. Diego de Mendoza, y no olvidéis la afrenta que sobre mi nombre habeis echado, y á mi regreso os prometo volver tan honrado, que os pediré cuenta de mi honra.

—Basta, dijo el P. Luis; no renoveis el fuego que comenzaba ya á apagarse.

- ¿No rezamos? dijo Luisa.
- Todos juntos rezaremos, repuso el P. Luis, haciendo que todos se dirigieran á la casa.
- Hasta mañana, Mendoza, dijo Gonzalo al separarse.
- Hasta mañana, contestó el padre de Luisa.
- No hay por qué decir el estado en que se hallaba toda aquella familia. El reverendo comprendia la dificultad de una verdadera reconciliacion; Mendoza meditaba el combate que al dia siguiente habia de tener con el capitan; Luisa sentia todos aquellos sucesos porque retrasaban sus bodas con D. Luis de Villaplana; y María tenia grabadas en su corazon aquellas crueles palabras de D. Diego de Mendoza, cuando dijo á Gonzalo: *María nunca será vuestra esposa*. Parecia que una fatalidad pesaba sobre la familia de D. Diego desde algun tiempo, pues cuando se iba ya á tocar la felicidad, se interponia un contratiempo y solo se tocaba su sombra.

XXVII.

FECHORIAS DEL DIABLO.

Tras la escena que acabamos de describir en el capítulo anterior, vinieron los comentarios, las congeturas, los euchicheos y las averiguaciones. La cosa no dejó de meter ruido en Robledo, y aunque sus habitantes parecían irse acostumbrando á los espectáculos sorprendentes y á las escenas extraordinarias, no dejaba de llamar su atencion cualquier suceso nuevo. Hablábase mucho de la familia de D. Diego de Mendoza, que desde algun tiempo parecia ser el blanco de las cosas mas notables del pueblo; comentábanse los sucesos de la resurreccion de Luisa; discutíase largamente acerca de sus amores, de sus buenas ocurrencias, y de su entierro y desentierro; hablábase no poco del origen de la huérfana María, y finalmente, se comentaba de mil maneras la negativa de D. Diego á Gonzalo, siendo así que poco antes parecia tan contento de que la huérfana diese su mano al capitán, y se interpretaba de cien modos el aplazado desafio.

No faltaba tampoco quien, soltando su maldiciente lengua, se atreviese á suponer que el P. Luis, tan estrechamente ligado con D. Diego, pudiese haber tenido una parte activa en el na-

cimiento de María, ni quien forjara otras patrañas por el estilo, pues, entonces como ahora, apenas un hombre frecuentaba una casa cualquiera, forzoso era colgarle algun milagro, y cuando las suposiciones no giraban sobre miras de interés, preciso era que el amor fuese su fundamento.

Dejemos que todos los personajes de nuestra historia pasen la noche del día de la función, unos descansando de lo mucho que se habían agitado, meditando otros sobre los sucesos ocurridos y sobre los que pudieran ocurrir.

Dejemos que la tierra haga su evolución diurna, esperemos á que los rayos del sol tornen á calentarla, y escuchemos alguna de las conversaciones que estaban á la órden del día, pues el escucharlas todas sería cosa imposible. En una de las piezas de la casa de Mendoza, veremos á Casilda y á Gaspar que parecen gratamente entretenidos.

—¿Vino ya el amo? preguntó Casilda á Gaspar.

—Cabalmente salió hoy mas temprano que nunca. ¿Y María?

—Parece estar algo mejor, hace poco que se levantó de la cama; á su lado está Luisa haciéndola compañía, ambas desean saber si D. Diego ha vuelto, y solo hablan del peligro que corre hoy con el de anoche.

—Cuando él no me ha dicho nada, repuso Gaspar con cierto aire de importancia, es señal de que nada hay, ó por lo menos, de que aun no ha llegado el momento. Pues, ¡no faltaba mas! que el Sr. D. Diego de Mendoza tuviese un duelo, sea con quien quiera, y Gaspar Perez no supiera nada.

—Y ¿por qué había el amo de darte parte de todo cuanto hace?

—Porque así es costumbre entre compañeros de armas; *hoy por tí, mañana por mí; dar que van dando, y ayúdate que Dios te ayudará*. Casilda de mi alma, la persona del amo y la mía, no forman mas que una, sobre todo, para casos como este en los que la honra desempeña el primer papel. Yo no sé por qué se me figura que esta vez no tiene razon mi capitán; pero á fuer de buen soldado y teniendo presente la subordinación, marcharé á su lado y le defenderé sable en mano ¡vive Dios! lo mis-

mo, mismito, que si tuviera razon. ¿Has visto, por ventura, que haya yo abandonado á mi amo en una sola de las ocasiones que me haya necesitado? Y, bien puedes creerlo, esto ni lo digo ni lo hago por darme lustre, porque no soy ningun zapato, sino porque como dijo el otro, me sale de adentro, y cuando las cosas salen de adentro es que no quieren estar encerradas, y esto es tan cierto, Casilda mia, como estirar la pata y quedarse muerto. ¡Qué lástima que no tuvieras veinte años menos, Casilda! aun puede que hiciéramos buenas migas.

—¡Quita allá, morcon! que toda la fuerza te se va por la boca, con mas años que Matusalem y mas alifafes que un caballo de los toros: ¡quita allá! y piensa mas en encomendarte á Dios que en echar chicoleos á las muchachas. Doce años hace ya que, viuda y abandonada yo de la suerte, me arrastraba por esas calles de Dios con María en brazos ó andando; mi buena estrella quiso, por fin, que tropezara con dos almas hienhechoras, eran D. Diego de Mendoza y su esposa doña Margarita de Castro, que Dios tenga en la gloria; desde aquel momento nuestra suerte cambió por completo, las dos fuimos acogidas bajo su techo paternal y nada nos ha faltado. Pero la paz y la alegría que reinaban en esta casa mientras vivió mi ama, desaparecieron por completo desde el dia de su muerte: qué diantres habrá pasado para que así suceda, eso es cabalmente lo que yo quisiera saber. Y el caso es que ya recordarás la buena armonía que habia entre D. Diego y doña Margarita, siempre contentos, siempre juntitos; hasta dejó su pasion de la caza, y apenas murió aquella buena señora, volvió á agarrar la escopeta y se estaba dias y dias en el campo, ó que sé yo dónde, pero lo cierto es que no estaba en casa, y aun eso seria lo de menos, si no hubiera cambiado repentinamente de génio; si aquella cara alegre y placentera, aquella amabilidad y franqueza, no se hubieran trocado en aspereza y desvío, en taciturnidad y despego. Sin embargo, repara bien, Gaspar, y tú que dices que tanto conoces á tu amo, observa que aquí hay gato encerrado; la tristeza de D. Diego, el ceño que á todos nos muestra y en particular á la huérfana que recogió, sus frecuentes sali-

das... todo hace creer que algun oculto misterio es la causa de que todo ande tan revuelto.

—Lo que yo creo, Casilda, es que como toda vieja, eres maliciosa y desconfiada, porque quitados algunos sucesos de la familia, que en todas las hay, y que gracias á Dios no han traído malas consecuencias, por lo demás eres injusta si dices que nunca ha habido paz en esta casa. Podrá ser que á mí, que como buen militar, me gusta el movimiento y la vida activa, y cuando hay que andar á tiros ó á garrotazos estoy en mis glorias, sin duda por eso no me hacen mella ciertas cosillas que he presenciado. Pero, por lo menos desde que estamos en Robledo, no recuerdo que en casa haya habido nada; lo mas grave ha sido la resurreccion de Luisa, y aun eso nada tiene que ver con el mal gesto del amo, porque lo tenia mucho tiempo antes de que sucediera.

—Pues, esa es otra, dijo Casilda, ¿te parece que yo estoy tranquila desde esa época? No por cierto, no lo estoy, y te aseguro que no me llega la camisa al cuerpo; cuidado con eso de decir que yo la he visto muerta y amortajada, y luego de la noche á la mañana se nos presenta viva y sana; la primera vez que la ví no pude menos de santiguarme y siempre que la miro desde entonces, se me figura que veo al diablo danzando á su alrededor. Verdad es que hay cosas que á nosotros, los criados, no se nos dicen, pero eso no quita que tengamos nuestra alma en nuestro almarío, y como los ojos se han hecho para ver y el pensamiento para pensar, claro está que no nos mamamos el dedo, y donde hay mágia vemos mágia.

A esto, el gato que andaba por allí jugando tras de un ovillo de hilo, dió un brinco y fué á parar á las pantorrillas de Casilda, la que aterrada en aquel momento con la presencia del diablo en la casa, soltó un horroroso grito y dió otro brinco mayor que el del gato, exclamando:

—¡Jesús, María y José!

Pero Gaspar, que por lo visto no tenia miedo al diablo, y que además habia divisado al gato, soltó una carcajada que irritó mas y mas á la medrosa Casilda.

—El capitán que anoche disputaba con el amo, dijo Gaspar, es sin duda la causa de todo el enredo; yo te prometo que si vuelve por aquí, como lo ha ofrecido, yo sabré ajustarle las cuentas.

—Mal harás, porque si es cuestión de amor, como á tí no te importa, no debes meterte en ello, *que lo que no has de comer, lo mejor es dejarlo cocer.*

—Ya te dije antes de la manera que yo intervengo en los asuntos de honra de mi amo; quietecito mientras no veo que tratan de llegarle al pelo, pero viendo esto, ¡por Santiago! que no respeto á nadie. De otro modo no, porque le conozco como la madre que le parió.

—Pues, si tanto le conoces, como siempre me lo estás caca-reando, ¿por qué no repasas su vida toda y averiguas lo que puede haber causado su mal humor?

—Porque aunque es verdad que le he servido en campaña y despues tambien largo tiempo, no por eso sé mas que tú, pues, todo se reduce á lo que ahora poco has dicho, esto es, á que su mal humor trae la fecha de la muerte de su mujer. Aun lo recuerdo como si lo estuviera viendo; juntos fuimos á América y juntos á Portugal; juntos volvimos á España y á Madrid, donde despues de haberte recogido con la huérfana, nuestra ama murió, y desde aquel momento, digo lo mismo que tú, desde aquel momento comenzó á entristecerse D. Diego, y de repente vendió sus haciendas y su casa, y salimos casi huyendo de la córte, á donde no hemos vuelto á ir.

—Bueno; pero repito que todo eso no explica nada de lo de anoche, ni de lo de antes.

—Ya lo veo, pero es el caso que yo no sé mas, ni lo entiendo, ni lo entiendes.

—Puede ser que entienda algo mas que tú.

Casilda sabia muy bien que Luisa era hija de Margarita, porque ella misma se lo habia confesado en cierta ocasion, y picada en su amor propio al ver que Gaspar no daba pié con bola en el asunto, ansiaba por momentos hacerle ver que ella sabia mas; y aunque á pesar de poseer al secreto, de nada le

servia para comprender lo demás. Casilda iba ya á soltar un secreto que sobre una cruz habia jurado moriria con ella, pero acordándose del juramento solemne, contestó:

—Nada... queria decir que puede ser que yo averigüe lo que pasa antes que tú, porque las mujeres, muchas veces, somos mas listas que vosotros los hombres.

—Para pensar mal y hacer daño, dijo el veterano alegrándose de tener aquella ocasion en que morder á su compañera en cambio de la constante burla que ella le hacia.

Mientras esto pasaba por un lado de la casa de Mendoza, en otra de las habitaciones, Luisa y María sostenian el siguiente diálogo:

—No puedes figurarte, decia María, lo desasosegada que estoy desde anoche, á cada instante sospecho que se hayan visto otra vez tu padre y Gonzalo.

—Pues, ¿qué temes? contestaba la santita.

—¡Qué se yo! pero temo muchas y malas cosas: ya ves, Luisa, el capitan es valiente, y tu padre además de serlo tambien, estaba completamente ciego; ambos se insultaron de una manera horrible, y nada tiene de estraño que la cosa pase á mayores.

—Pero, ¿no me has dicho poco há que en un principio mi padre accedió á todo?

—Así fué, querida Luisa, y ya puede decirse que tan solo nos faltaba la bendicion, cuando de repente, y al oir el nombre Gonzalo de Luna, se puso furioso, fuera de sí, ni mas ni menos que si el otro le hubiese dicho: *Soy el mismo Lucifer en persona*. ¡Qué horror, chica! comenzó á llenarle de injurias, pero ¡de qué calibre! En realidad, no sé como Gonzalo tuvo paciencia; así es que, despues de haberle dejado desfogar, no del todo, porque aquello era un torrente, un volcan de insultos, le contestó, que por cierto era bien raro hallar calma en el jóven, y cólera y soberbia en el viejo. En vano quiso esponer sus razones, repitiéndole una y otra vez que á qué venian aquellos insultos, puesto que él nunca pudo faltarle en nada, en atencion á que era la primera vez que se veian. Te aseguro, querida Luisa,

que si no tienes la feliz ocurrencia de recordarle la hora de las oraciones, se hubieran venido á las manos, porque D. Diego ya no hacia caso ni de mí, ni del P. Luis, á quien tanto quiere y respeta, ni de nadie.

—Aun tengo esperanzas que alguna semejanza en el nombre, sea la causa de todo esto, y tendria poca gracia que por un error de esa especie, tuviéramos un disgusto tan grande.

—No lo creas, Luisa, no hay tal error; no puedes figurarte con qué empeño y con qué minuciosidad repetia D. Diego sus preguntas, encaminadas todas á la persona del padre de Gonzalo, y á cada nuevo indicio que descubria de ser, en efecto, el hombre que sospechaba ó buscaba. Su rabia subia de punto; veíasele con rostro encendido y ojos sanguinolentos, enroquecerse su voz, y con ademanes amenazadores y terribles parecia querer devorar al que estaba frente de él. He comprendido perfectamente, querida Luisa, que tu padre y mi futuro se odian de muerte: mi desgracia ha llegado á su colmo, y es imposible que en el mundo haya otra mas desdichada; porque si me quitan á mi Gonzalo, ¿qué quieres que sea de mí? Ponte en mi lugar, y figúrate por un momento que te separaran para siempre de tu Villaplana, ¿qué dirias?

—¡Ni en broma me lo digas! Pero no te desesperes así. ¡Quién sabe! á veces Dios abre camino por donde el hombre no lo ve.

—Esa es mi única esperanza; si Dios esta vez no oye mis súplicas, renuncio para siempre á los bienes terrenales, y si mi madre, despues de haber estado en el claustro volvió sus ojos al mundo y tornó á él, yo juro por su salvacion, que una vez vestida de religiosa, habré vestido mi mortaja. Por otro lado, cierto presentimiento de mi corazon, me dice que no vuelva el capitán, que no debo ansiar verle, porque su presencia en este sitio ha de serme funesta.

—No te alucines, querida María; todas decimos lo mismo cuando nos creemos próximas á perder el objeto de nuestro amor: parécenos que la tierra se abre á nuestros ojos para tragarnos, y algun tiempo despues, cuando la reflexion ha tenido

cabida en nuestra cabeza, las ideas se modifican, las comparaciones nacen, el convencimiento va tomando mayores proporciones, y aquello mismo que antes nos parecia irrealizable, no tan solo lo es, sino que lo miramos con cierto cariño que nos complace. Tal es la marcha eterna de las cosas de este mundo, y ni á tí ni á mí nos es dado alterarlas. ¡¡Quién sabe! el capitán se marchó anoche, y Dios sabe cuándo podrá volver: si viene pronto, somos perdidas; pero si tarda algun tiempo, no seria extraño que, habiéndose calmado ya la ira de mi padre, todo pudiera arreglarse.

—Vanas esperanzas, querida Luisa: esas son ilusiones que tus buenos deseos te hacen considerar como realidades, porque me quieres mucho y deseas mi bien; pero ese ya no existe para mí, sobre quien pesa una fatalidad inconcebible. Nací desgraciada, desgraciada he vivido y desgraciada moriré.

Al decir estas palabras, ya María no pudo seguir adelante; los sollozos la ahogaban; mil ideas encontradas cruzaban por su imaginacion; su frente ardia con el fuego de la fiebre; su corazon, aunque estrecho, latia con violencia, no tenia idea fija, se olvidaba de su existencia, la maldecia; hubiera querido que la mano de Dios en aquel momento hubiera acabado con ella.

María lloró largo rato.

—Tranquilízate, repuso Luisa; yo hablaré á mi padre; él es generoso y bueno, y nunca rechazó mis súplicas; yo le hablaré, le diré lo que sufres; sabré leer en su pecho, y si no consigo que te haga feliz, puesto que sin Gonzalo no puede ser, yo trataré de averiguar lo que haya en ella, y por lo menos conseguiré que te consuele con su cariño y sus cuidados.

—Suspende tus buenos deseos, hermosa criatura; suspéndelos, por lo menos hasta mañana... sí, hasta ese horrible mañana que tanto teme mi corazon. Sepamos si vuelven á verse ó no; pero, ¿y si se han visto por ahí ya? Esa idea me horroriza.

—No lo creo, porque Gaspar, á quien he encargado que busque á mi padre y me diga si le ve ó si divisa al capitán, ha corrido todos esos alrededores, y no ha mucho me aseguró que

nada habia visto. Gaspar es un criado fiel y muy adicto á su amo: harto siente él que esta mañana haya salido de casa tan temprano que nadie le sintió, pues á no ser así, le hubiera seguido y sabríamos á dónde ha pasado todo el dia, dejándonos en este martirio. Gaspar no hace mas que darse porrazos en la cabeza por no haber tenido la idea de quitar la llave de la puerta; pero veamos si ha venido, y qué noticias nos trae. ¡Gaspar! ¡Gaspar!

Y despues de haber llamado cuatro ó seis veces Luisa, contestó Gaspar desde allá dentro, y asomó la cabeza por la puerta donde nuestras dos heroínas estaban conversando.

—¿Dónde diablos estabas que no oias?

—Estaba con Casilda.

—Eso es, ¡siempre charlando juntos, siempre perdiendo el tiempo en habladurías!

—Estábamos tratando de la cuestion del dia, siempre ocupados en la persona de mi amo y de los demás de la casa, y sintiendo yo cada vez mas que su padre de V. se haya escapado esta mañana sin sentirle.

—Vamos, te disculpo tu distraccion en cambio de tus buenos sentimientos. Dime: ¿Has averiguado algo? ¿Has visto á mi padre? ¿Qué hay de nuevo?

—Nada, Luisita, nada. El pastor Pedro Chanfaina es el único que dice haberle divisado esta mañana como á cosa de las siete atravesando la vereda que va al Espinar: dice que iba solo, y que le vió pararse y contemplar despacio la llave de la escopeta.

—Bueno, eso ya es algo, pues por lo menos iba él solo.

—¿Y del capitan, sabes algo?

—Nada absolutamente, aunque ya pronto anochecerá y no debe tardar, si es que hoy viene á dormir á casa.

—Ahora lo has dicho.

Y volviéndose á María, añadió:

—No llores así, que me vas á hacer llorar tambien. Ya has oido que no se han visto: esto debe consolarnos por el pronto, Tranquiliza tu ánimo, y esperemos que el capitan no vuelva en algun tiempo y pueda yo tener el bastante para dar con la clave

de este misterio. Déjamele á mí, María, déjamele, y ya verás como todo se arregla. No me aflijas tambien á mí, pues aunque ves que trato de animarte, siento que mis fuerzas decaen y temo que para las dos me falte valor.

—Tienes razon, Luisita, dijo Gaspar; y añadió: además de que tenemos en casa á una santa y pronto tendrá ocasion de hacer otro milagro.

—Y lo haré aunque te burles, y eso que estoy muy lejos de ser santa, Gaspar; que no son solamente los santos los que operan milagros.

A esto entró en la habitacion el perro de caza que siempre acompañaba á D. Diego, y apenas le hubo divisado Luisa, exclamó:

—Ya está aquí Milor; eso quiere decir que no tardará en llegar mi padre, porque este animal tiene la costumbre de adelantarse unos minutos. Marchemos todos de aquí, dejemos que mi padre esté solo, y lo demás corre de mi cuenta.

Al decir esto, se paró de repente Luisa, y pasándose la mano por la frente como para desechar una mala idea, dió lugar á que María se le acercase, preguntándole qué era lo que le habia ocurrido.

—Nada, amigos míos, una idea triste y horrorosa.

—¿Cuál? digeron á una voz María y Gaspar.

—Nada: se me ha ocurrido una idea de desesperacion. ¿Querreis creer que llegué á pensar si tras Milor no vendria mi padre?

—¡Qué horror! exclamó la huérfana.

—Eso no es cierto, añadió Gaspar, mirando por una vidriera que daba á la calle, porque le veo cruzar la plaza: viene solo.

—Pues huyamos todos.

Quedóse sola la habitacion, y de allí á unos minutos entró en ella D. Diego de Mendoza, solo como el veterano le habia divisado. Colgó sus avíos en una percha, se quitó el sombrero, tomó asiento en una silla que habia junto á una mesa, y apartando con ademan inquieto á Milor, que le pasó el hocico sobre la mano, se quedó reflexivo durante un buen rato.

Habia salido con los avíos de caza por ser esa su costumbre y mejor disimular su salida; pero en realidad, su cabeza no estaba á pájaros, como suele decirse: otros eran los pensamientos que la asediaban. Así es que pasó todo el dia en el campo, pensando tan solo en tener corriente su arma, porque á cada paso se le figuraba divisar al capitan, en cuyo caso el duelo mas terrible tendria lugar: un duelo á muerte y sin testigos, la venganza mas cumplida que ansiaba su corazon; pero no se encontraron.

Sacó su pañuelo del bolsillo, enjugó su frente, y hablando consigo mismo, exclamó:

— ¡Horrible dia! ¡Aun resuena en mi pecho el metal odiado de su voz! ¡Aun recuerdo esas facciones, que al primer golpe debí haber conocido! ¡Hasta mañana, me dijo, hasta mañana, y no ha vuelto! Y ha hecho perfectamente, porque si anoche no detiene Dios mi mano... confieso que la intencion no era buena, y logrando evitar mi intento, nos salvó milagrosamente de un crimen horrendo. ¡Parece imposible! ¿Quién dirá que despues de diez años de vergonzoso misterio, este corazon, que parecia ya dormido, torna á despertar, y despierta mas soberbio aun que el dia en que abrí el pliego fatal? ¿Qué poder mágico es el que hace que mis fuerzas, debilitadas ya por la edad y el sufrimiento, por un pesar continuado y por una reconcentrada venganza, recobren en un solo instante todo su imperio? ¿En qué consiste que esta sangre, mas fria ya y mas tranquila que en otros tiempos, hinche mi pecho y fermente al escuchar un solo nombre? Gracias á los buenos consejos del P. Luis, que de continuo vela por la salud de su amigo, la antigua herida de mi alma parecia haberse cicatrizado ya, y me creí dispuesto á presenciarse con sangre fria una escena como la de anoche; pero ¡cuán equivocado estaba! esa herida, que parecia ya cerrada, ha vuelto á abrirse de nuevo, y tan reciente y fresca aparece, segun el dolor que experimento, que no parece sino que acabo de recibirla. Quiera el cielo que Gonzalo de Luna no se me presente nunca, porque su nombre me pide sangre; y ¡vive Dios! que la tendrá, y no me apartaré del combate hasta que él ó yo quede tendido en el suelo.

Dijo; y los ademanes de su cuerpo, la delgadez de sus labios, la actitud de sus puños y lo iracundo de sus ojos, todo demostraba bien á las claras que aquel hombre estaba poseido de la mas reconcentrada rábia. Si en aquel momento se le hubiera presentado la sombra de Gonzalo, de seguro que á ella se hubiera avalanzado frenético y sin juicio.

Oyéronse pasos hácia la puerta, percibióles D. Diego, y no tardó en distinguir al P. Luis, que pausadamente se le acercaba. Llegado que hubo á una distancia conveniente, se paró delante de él y le dijo:

—¿Pareció?

—No pareció; y pardiez que ha hecho bien, porque las ideas que se agolpan á mi imaginacion son sombrías y sanguinarias; sí, P. Luis, tengo sed de sangre; todos los poros de mi cuerpo respiran venganza; y desde que la fatalidad ha querido que ese hombre se acerque á mí, comprendo que vuestros consejos están demás; puesto que mi razon no basta á desviarme del camino que me he trazado.

—Escuchadme, D. Diego: Aunque acabais de decir que mis consejos están demás (lo cual os lo perdono en gracia de la amistad), me permitireis que á nombre de esta misma os haga algunas reflexiones.

—Haced cuantas gustéis, aunque dudo que puedan servirme de guia.

—Comprendo, dijo el reverendo, que así podrá ser; pero eso no quita que, cumpliendo yo con los deberes de la amistad y del sacerdocio, arriesgue algunas palabras, aun cuando tenga la desgracia de ser desoido. El estado en que vuestra cabeza se halla, no es en realidad el mas á propósito para escuchar buenas razones; pero eso no quita que yo os las dé, cualquiera que sea su resultado. Tiempo hace que no pronunciais mas palabra que *venganza*. ¡Venganza! ¿Ignorais, por ventura, que la mas noble venganza es la de hacer bien á los mismos que nos han dado motivos de queja y resentimientos? Pues sabed que este género de venganza es capaz por sí solo de mudar el corazon de un enemigo. ¿Hay satisfaccion mayor que la de ejercer su